

nea en invierno, y el chocar de las moscas contra los cristales en verano! Estas ideas me hacian respirar algunas veces mas fuerte de lo que necesitaban mis pulmones; entonces la niña que me veía pensativa y me oía suspirar, me decia: pero ¿qué tienes Genoveva? ¿Te he disgustado?—No, hija mia, la contestaba besándola, al contrario, me causas mucho placer, te quiero mucho, sino que pienso en el tiempo en que no estarás ya aquí, —¿Y por qué no estaré? ¿Habrá un tiempo en que tú ya no me quieras? —¡Oh, no! la replicaba, mas vendrá un tiempo en que tú quieras á otros.

No me entendia la pobre inocente, y volvíamos á nuestro trabajo, ella mirando por la ventana y cantando, y yo mirando mi aguja y mi hilo, y ocultando un poco de agua dentro de mis ojos.

XVIII.

Mi melancolía se aumentaba siempre, y se hacia mas duradera hácia el fin del otoño, cuando los revendedores de la montaña que iban á mi casa á proveerse para el invierno de mercancías, de agujas, alfileres, estuches, dedales, volvian á sus pueblos para no bajar hasta la primavera. Acaso me preguntareis por qué. En un principio yo misma lo ignoraba; mas tarde lo he sabido por mi desgracia. Voy á deciroslo con franqueza.

Hizo una pequeña pausa, respiró mas fuerte de lo que tenia por costumbre, segun respiraba al lado de Pepita, y prosiguió:

XIX.

Escuchad, señor, voy á contároslo todo como á mi confesor. Nada tiene de particular, pero siempre causa pena tocar al corazón en el punto donde ha estado herido. Perdonadme, pero si no os confesara esto, no comprenderíais el resto, ni adivinaríais por qué he quedado soltera y me he puesto á servir al señor cura.

Pues bien, señor, continuó Genoveva con cierto esfuerzo, es

que había un jóven revendedor que me agradaba. —Y á quien vos agradabais, —la dije sonriéndome; —tan grave y tan severa y tan vestida de negro como estais, se conoce claramente en vuestra fisonomía que debeis haber tenido tambien vuestro mes de mayo.

Sea lo que querais, señor, sí, le agradaba. Sabed que desde la muerte de mi madre tenia menos pena que antes, ya no era despertada veinte veces cada dia, ya veía el sol, iba y venia al aire libre, en una palabra, me habia vuelto como las demas, me habian salido los colores, habia engordado algun tanto; daban los rayos del sol en mis ojos que hasta entonces habian permanecido á la sombra. Esto no duró, lo sé; pero hubo dos ó tres años en que no estuve descontenta. Los muchachos de Voiron se detenian para mirarme por el cristal de la ventana, el domingo, y oía que se decian: calla, ahí está Genoveva; parece que florece como su clavel rojo sobre su ventana, y que se atreve al fin á ser bonita. ¿Qué quereis que os diga, señor? Hay un dia de sol de estío para todas las plantas, aun sobre los Alpes, en donde el estío no hace mas que pasar. Aquel dia es el que dora las espigas pálidas en el momento de la mies. A mi me sucedia lo propio que á las espigas, y habia tenido como ellas, mi corto sol de belleza. Sin embargo, no brilló mas que dos ó tres veces sobre mi cabeza; y no me pesa, añadió con prontitud, ¡oh, no! no lo siento; he sufrido demasiado.

XX.

Existia, pues, un jóven revendedor de aquí, de esta misma aldea en que os hago tan mal esta relacion, solo porque os entretiene; existia, digo, un jóven, hijo del maestro del pais, y de esa anciana que vive allá abajo, y que veis pararse á hablar conmigo algunas veces en la puerta de la iglesia. Le llamaban Cipriano, y debía sustituir á su padre en el cargo de maestro de leer y escribir de los niños; mas entre tanto, era niño de coro y chantre en la iglesia, y recorría las montañas durante la semana para vender

almanaques, hilo, agujas, espejos y libros de horas á los aldeanos. Mi padre le habia conocido desde muy pequeño, cuando venia á componer las vidrieras de la iglesia de Valneige; hacia provision en nuestra casa de todos los objetos de su comercio, y cuando descendia de la montaña venia á parar siempre á nuestra casa, como si hubiéramos sido parientes suyos. Mis hermanos mayores se burlaban de él, porque era sencillo como un montañés y no vestia traje al uso de Voiron. Pero gustaba á mi madre porque era arreglado y modesto como una muchacha, porque se ruborizaba á la menor palabra, y en vez de ir á corretear en las fiestas, ó malgastar el tiempo en los mesones con sus compañeros, se estaba todo el dia arrimado á nuestra lumbre, oyendo leer á mi madre alguna de sus morales y hermosas historias, ó ayudándome á sacar agua del pozo, ó amasar el pan, ó á echar al fuego los troncos grandes.

Me habia acostumbrado á tratarle como á un hermano mayor que el mio. Tenia dos años mas que yo, era alto, esbelto, algo flaco, parecido á los abetos delgados de estas montañas; sus ojos eran mas negros que los míos, pero en lo dulces parecian de mujer; un rostro mas espacioso y mas delicado que los de los hijos de la llanura, una boca que no reia, colores semejantes al terciopelo encarnado, pelo negro que le bajaba á lo largo de las mejillas y sobre el cuello. Traia por vestido una túnica de lienzo blanco que caia hasta sus ligas de cuero, un ancho cinturon con bolsas en que echaba su dinero, y polainas altas, abotonadas por encima de la rodilla. El calzado consistia en gruesos zapatos, cuyos clavos relucian en frente del fuego como diamantes. Dejaba su baston y su alforja detras de la puerta, como si hubiese estado en su casa. Tenia la voz dulce y fuerte y algo seductora, semejante al órgano de la iglesia de Grenoble.

A proporcion que yo crecia venia mas á menudo á casa el pobre muchacho, sin que yo supiese el por qué ni él tampoco. Nunca me decia ninguna cosa particular, ni yo á él, sin embargo, me agradaba ver su sombra en la pared del cuarto, á la luz de la cli-

menea, cuando atizaba la lumbre para preparar la cena de la familia. Aquel dia habia siempre algun extraordinario en la comida, y cuando al siguiente no veia ya su saco y su baston detras de la puerta, me ponía triste sin saber por qué, y esto era todo.

XXI.

Cipriano no habia interrumpido sus viajes á Voiron ni sus relaciones conmigo, á pesar de la muerte de mi padre y de mi madre. Antes al contrario, solia venir mas á menudo y detenerse un poco mas de tiempo; pero no se hospedaba ya en nuestra casa: iba á pedir albergue por la noche á alguno de sus paisanos que cortaba leña y la llevaba en invierno á las puertas de las casas ricas, el cual tenia consigo muchachos montañeses para desollinar las chimeneas.

Pero los dos ó tres dias que Cipriano pasaba en el pais en cada uno de sus viajes, no hacia mas que pasar y repasar por delante de nuestra tienda con cualquier pretexto, sucediendo que siempre hallaba algun motivo para entrar en ella, para volver y para estarse un rato. Unas veces se habia dejado olvidada su provision de botones de mangas, otras las agujas, y cuando los devanadores de hilo: ya tenia que hacerme encargos de parte de su padre ó de su madre, los cuales le habian dicho que era preciso llevar de Grenoble para la Navidad próxima, ornamentos de iglesia ó almanaques; otras estaba fatigado de tanto como habia corrido por Voiron desde la madrugada, para comprar cáñamo ó estambre, y me pedia licencia para sentarse un momento delante del mostrador, mientras yo hablaba con los niños ó les pesaba dos onzas de sal ó de especias en mi balanza de laton. Aquel momento duraba horas, sin que lo advirtiésemos el uno ni el otro.

Los vecinos que pasaban y le veian sentado apoyando su codo sobre mi labor, tendidos por el mostrador sus cabellos lucientes, su palo grueso puesto entre las piernas y su saco sobre las rodillas, decian: «Aquí teneis un buen montañés que viene á pro-

veerse en casa de las hijas del llano. Mirádle, parece que está hablando siempre, y lo único que hace es mirar la punta de sus zapatos.»

Y efectivamente, no me decía casi nada, ni yo á él, ó cuando mas, me hablaba de cosas que estaban muy distantes de ser sus verdaderos pensamientos, y los míos; por ejemplo, del tiempo que hacia, de la hora que era, de las vacas, de su madre, de la mula de su padre que se habia perdido en el monte, de los quesos que no salian bien aquel año en las casas de vacas, de los trigos que se habian agostado demasiado pronto, y que se hallaban deteriorados por las heladas tempranas, en fin, de todo, menos de él y de mí. Y yo, señor, hacia lo mismo; ó no decía nada, ó respondia sí ó no, ó le decía cosas que no nos interesaban al uno ni al otro. Pero él tenia fija la vista en mi mano, que llevaba yo de mis rodillas á mi frente, dando vueltas á un pañuelo; yo miraba sus cabellos que caian á mi lado como una madeja de hilo negro sobre el mostrador; él manifestaba estar contento, y yo me hallaba tan á gusto, que hubiera querido pasar años enteros en aquel silencio, ó en aquellas conversaciones insignificantes. Cuando se ponía en pié para irse á las montañas, metía por los tirantes de cuero de su zurrón sus brazos, y trazaba en el suelo varios círculos con la contera de hierro de su baston, no nos decíamos mas que: «¡Hasta la vista!» Se volvia dos ó tres veces antes de llegar al fin de la calle; yo le seguía con la vista como una hermana sigue á un hermano que va de marcha, y me volvia sola á mi casa. Pero pronto echaba de ver mi soledad, y hasta que Pepita volvia por la tarde de casa de la vecina que la enseñaba á hacer encaje, iba y venia sin cesar, no podia estarme quieta en mi asiento, no paraba en ninguna parte, mas sin saber por qué era este desasosiego.

Estaba ignorante de que él me amaba, no sabia que yo misma le amaba tambien; y sin embargo, comenzaba á envanecerme algo; me vestia de modo que pareciese bien, me peinaba delante de un espejito en que nunca hasta entonces me habia mirado, llevaba medias blancas y zapatos finos, y me miraba con placer los do-

mingos á los cristales grandes de las tiendas que servian de espejos á las jóvenes como yo, y retrataban desde los piés hasta la cabeza, su talle, su paso, y su traje de los dias de fiesta. ¡Ah, señor! todas hemos sido pecadoras, mas ó menos, en nuestra juventud. Despues me he confesado de ello. Sin embargo, no me proponia agradar á nadie. Remedaba, únicamente, al canario de mi amo que se contempla las plumas, que se lava en su agua, que se acaricia el cuello con su pico, y que se mira al espejo, aun cuando esté solo en su jaula. ¿Qué quereis? El pecado se ha introducido por toda la creacion: hasta los mismos animales tienen vanidad. Sí, señor, yo la tenia entonces.

XXII.

Ibase acercando el momento en que acostumbraba á ver á Cipriano en Voiron. Me habia hecho un bonito vestido; me habia comprado un collar con una cruz de oro, que tengo todavía ahí, añadió señalando con su mano izquierda su armario; ignoro por qué deseaba mas que de ordinario estar algo hermosa; me lo ponía todos los dias, temiendo que llegase casualmente Cipriano un dia en que estuviese menos adornada y le agradara menos. Mi hermanita me preguntaba: «Genoveva, ¿son domingos todos los dias de esta semana?» Yo no sabia qué contestarle, y me ruborizaba.

XXIII.

Trascurrió la semana entera; los dias se me hacian mas largos que los de otros meses. Llegó el sábado, llegó su noche y no vino Cipriano. A otro dia era la Pascua florida; nunca se habia pasado aquella semana en los años anteriores, sin que él viniese á Voiron á buscar cirios y flores artificiales para el altar. Ví á algunos de sus paisanos, que yo conocia, los detuve con cualquier pretexto y les pregunté: «¿está malo Cipriano?—No, me dijeron; le vimos el domingo trabajando en la fuente del prado.—¿Y no ba-

jará este año al valle?—No sabemos, me contestaron.» Me acosté muy triste, no dormí por la noche, sino un momento á la madrugada, y al despertarme toqué sobre mi almohada un sitio mojado; habia vertido lágrimas entre sueños, sin saber por qué.

XXIV.

Volví pálida y triste de la misa, la niña estaba jugando en la calle con otras de su edad, acababa de guardar mi devocionario, y estaba echada sobre los codos puestos en el mostrador, sin pensar en cosa alguna. Un montañés desconocido entró en la tienda y me pidió espejos pequeños. Se los dí urbanamente, me los pagó en mas de lo que le habia pedido y se marchó. Al tomar los cuartos para contarlos, hallé que sobraban doce piezas; las tomé en la mano y salí detras de él. «Señor, le dije, os habeis equivocado, tan solo llevais dos espejos y me habeis pagado tres; aqui teneis doce piezas de á dos cuartos que os sobran, ó en cambio tomad un espejo mas.» El montañés me miró de arriba á abajo con una sonrisa que yo no comprendí, y que me avergonzó, porque creí que se burlaba de mí. «Bien, niña, me dijo, no se trata de eso; sois una hermosa muchacha, por vida mia, tan honrada como gentil; no me ha mentido mi hijo, sois incapaz de engañar á un niño de teta, así me gusta.—Vuestro hijo, le respondí poniéndome colorada hasta lo blanco de los ojos, en atencion á que la semejanza de la cara y el sonido de la voz me hicieron sospechar alguna cosa, vuestro hijo, ¿quién es? yo no le conozco.—Vaya si le conoceis, y si él os conoce. ¿No conoceis á Cipriano, el buen montañés? Ese es mi hijo.—¡Ah! sois el padre de Cipriano, le repliqué con los ojos en el suelo y temblando; y no pude articular otra palabra, porque me sentia toda azorada, toda fria, toda sin movimiento delante del anciano, y eso que era un anciano muy amable; de rostro grave, de voz dulce, con el sombrero quitado, de pelo blanco, de porte honrado, el lenguaje propio de su edad, que me hablaba como habria hablado á su hija ó á una señora.—Si, soy

su padre, continuó, conduciéndome hasta la puerta, y antiguo amigo de vuestro padre, antiguo y constante parroquiano de la casa: no habitaba en otra que en la mia los veranos, cuando subia á trabajar á las montañas; conversábamos juntos de su pobre mujer enferma, y de tres niños que tenia. El buen hombre se dejó vencer de la melancolía, se entregó á la muerte; pero esto no sirvió de obstáculo para que fuese un buen hombre, en ya memoria no debe avergonzar á sus hijos.

Con esta conversacion entró sin cumplimiento detras de mí, y se sentó en la misma silla que Cipriano lo habia hecho tantas veces á mi lado.

—Oid, niña, me dijo viéndome sentar ruborizada y turbada delante del mostrador,—¿creeis que á mi edad no sé contar hasta treinta y seis piezas de á dos cuartos, ó que doy mi dinero por galantería á una jóven? No lo creais, continuó con bondad y finura; mi hijo me decia siempre: no hay jóven mas honrada en Voinon, no tomaria un cuarto mas de lo justo á sus parroquianos, ni á un forastero, ni á un desconocido.—¡Bah! Cipriano, tú no conoces el mundo; yo no me fiaria.—Pues bien, id á verlo, me dijo. No la avisaré, no haré que la digan nada, y si os engaña... si os engaña, no me volveré á parar delante de su puerta. Todo se acabará, pues, hermosa como es, si no fuese honrada no la querria.

—Luego me ama, dije para mí, sin atreverme á alzar los ojos.

El anciano continuó:

—Entonces le dije: vamos á experimentarlo nosotros mismos; me he puesto las polainas; he dejado á Cipriano para que cante por mí en el coro, he tomado las señas de la tienda de Genoveva, he entrado en vuestra casa, he regateado para tener tiempo de veros, he fingido equivocarme en doce piezas, habeis corrido tras de mí, como si yo hubiese sido el ladron y vos la robada, para devolverme mis cuartos...

—Solamente he hecho lo que debia, señor Cipriano, le dije, por lo tanto no hay de que alabarme.

—Es verdad; pero también lo es, que si queréis escucharme, esas doce piezas de á dos cuartos me habrán comprado una nuera, y á vos, Genoveva, os habrán comprado un buen marido.

Yo estaba á tal extremo conmovida, señor, por las palabras del anciano, que no despegaba los labios ni me atrevía á mover un pié. También él parecía no atreverse á decir lo que se proponía. Movía los labios y la lengua, tartamudeaba un poco, se levantaba, se volvía á sentar y tosía.

Por fin, como si hubiese adquirido valor: —¡Bah! —dijo, —palabra dicha vale mas que ciento por decir. Voy á manifestároslo todo de una vez, Cipriano os ama hace siete años.

Me pareció que el corazón se me ensanchaba con aquellas palabras, que derramaban en él una cosa dulce como la felicidad eterna que no se pierde jamás.

—Si, hace siete años que os ama, y nunca hemos conseguido que amase á otra en las montañas ni en el valle. Podrá disponer mas adelante de algunos bienes, los abetos, la casa y el prado de la fuente serán suyos despues de míos: es dulce y amable como una jóven; es querido de los muchachos, gusta á las muchachas, y tiene la misma soberbia que un niño. Y con todo esto, nos ha dicho siempre: no me casaría con otra que con Genoveva, si me atreviese á enamorarla. ¡Pues bien! le contestábamos su madre y yo, haz lo que quieras, baja al valle, obsequia á Genoveva, una vez que esa es tu felicidad; ello al fin es preciso que te cases, porque el trabajo es mucho y nosotros nos vamos haciendo viejos.

Entonces él salía muy decidido á tener una esplicacion con vos, mas cuando al volver le preguntábamos: «¿Qué la has dicho, y qué te ha contestado? —Nada, decia; no me he atrevido; es una hija del valle, y yo soy un mozo de las montañas; es una señorita de ciudad, y yo un campesino de aldea. Temo que me desprecie, y ademas, si me hubiese dado un no me hubiese caído de pena en el camino. Ahora no he hablado, pero la vez que viene ya seré mas atrevido, dejadme á mí.» A la vez siguiente sucedia siem-

pre lo propio, y el pobre jóven se empeoraba y le veíamos consumirse desde el estío al otoño. Por último le he dicho: «¿quieres que vaya yo? Tu madre no podría bajar hasta donde está Genoveva y luego volver á subir.

Yo soy viejo, pero soy atrevido; idearé cualquier cosa que comprar en su tienda, procuraré trabar conversacion con ella, me informaré en Voiron acerca de si es buena muchacha, si es bonita, si es caritativa con los pobres, y la diré: Cipriano os ama. Lo cumplí como lo he prometido, Genoveva, y ahora, decidme francamente á vuestra vez: ¿amais á Cipriano?

XXV.

Mi única respuesta fué un gran suspiro, que él comprendió.

—Bien, — me dijo, —está bien; una vez que le amais, ¿queréis casaros con él y ser nuestra hija allá arriba?

Tampoco respondí, y eché á llorar.

—Bien, está bien; — volvió á decir, —se efectuará la boda por San Juan. Voy á regresar á la montaña, y á regocijar el corazón de mi hijo. Cipriano vendrá ya á haceros el amor libremente mientras llega el dia de vuestro casamiento: no se verá cortado para deciros que le gustais, ni para preguntaros si estais contenta. He hablado por él, y todo está dicho. A Dios, Genoveva; no tomaré ni un trago de vino en Voiron, por temor de retardar la felicidad de Cipriano. Tengo por cierto que me está esperando á la mitad del camino, y que cuenta mis pasos dentro de su imaginacion.

Y el viejo se fué tan listo, como si llevara consigo la primera declaracion de su propia novia.

XXVI.

El domingo siguiente volví á ver á Cipriano. Manifestaba en su semblante sentirse muy feliz y muy vergonzoso á la vez, y yo

lo mismo. Me cogió la mano temblando, por encima del mostrador, en donde yo estaba midiendo una pieza de lienzo, y me la apretó indagando en mi rostro si estaba enfadada. No dije cosa alguna, ni me enfadé, lo cual le animó:

—Con que ¿no estais enfadada conmigo, Genoveva?— me dijo.

Solamente le contesté que no, con voz muy suave, sin retirar la mano.

Nos estuvimos así los dos mucho tiempo, mucho tiempo, sin decirnos nada; pero mi corazón palpitaba con tal fuerza y el suyo también, contra el mostrador, que se les oía como la péndola del reloj.

—Genoveva, me dijo por fin, ¿mi padre os ha dicho algo?

—Sí, fué toda mi respuesta.

—Entonces... nos casaremos el mes que viene.

—¿El mes que viene? repliqué.

—Sin duda, añadió levantándose, y retirando su mano para palmotear en señal de alegría.

—Sin duda, repuse con gravedad, como si hiciese un juramento.

—Entonces vamos á pasear por los prados, porque no puedo estar quieto. Las plantas de los piés me duelen de deseo que tengo de ir con vos, Genoveva, y de decir á todos los conocidos que encontremos y que pregunten: ¿con quién va Cipriano? Con su prometida.

Y salimos.

Nos estuvimos paseando toda la tarde, yendo hasta muy lejos, muy lejos, por los prados á orillas del río. Pepita nos acompañaba sin comprender nada y jugando delante y detras con las mariposas que volaban sobre la yerba, y los pececillos que nadaban debajo del agua. No nos hablábamos mucho mas que en casa; llevábamos las manos asidas siempre por las puntas de los dedos como los niños de la escuela. Esto le gustaba á él y á mi también, y suspirábamos tanto, que la niña me decía en secreto: ¿Estas tris-

te, Genoveva? ¿Para qué habrá venido ese pícaro de Cipriano á incomodarte?

Cipriano se reía cuando yo le repetía lo que había dicho Pepita, y cuando esta se alejaba ponía las puntas de mi delantal sobre los ojos como si llorara; pero lo hacía para reír y mirar riendo á Cipriano, que me apretaba los dedos. La niña venía á quitarme el delantal de los ojos, y decía: ¡Ah! os reis; era por engañarme.

XXVII.

No regresamos á casa aquel día hasta muy tarde, cuando ya lo habíamos convenido todo. Cipriano debía volverse aquella misma noche á la montaña, hacer sus preparativos en las dos semanas siguientes, venir á buscarme á Voiron, para que los desposorios se hiciesen en el pueblo y en la casa de su padre por no poder su madre bajar, volverme el mismo día á Voiron, y por último nos casaríamos despues de la siega, en la semana antes de la Asuncion.

Salió contento como si ya fuésemos el uno para el otro. El pobre muchacho creía en mi palabra como si hubiese sido palabra de evangelio. ¡Ah, señor, cuán infiel le he sido! dijo Genoveva golpeándose el pecho con las agujas, como si quisiera hundirlas en su corazón; mas, á pesar de todo, fué con justo motivo, continuó en tono de convicción, pareciendo consolarse á sí misma.

—Cómo, Genoveva, la dije asombrado, ¿vos habeis sido infiel?

—¡Ay, señor! al decir infiel he querido espresar atolondrada; pero muy desgraciadamente atolondrada, vais á verlo. Mas antes de continuar refiriéndoos esto, permitídmeme que eche algunas astillas de abeto en la lumbre que se está apagando, y mirar si las patatas que he prometido llevar antes de ser de día á los hijos de la pobre Margarita, cuecen bien.

Puso astillas en el fuego, destapó la cazuela de estaño, echó un poco de agua á las patatas, que estaban ya algo doradas, y volvió á sentarse debajo del candil. Me prevaleí de este paréntesis